

REVISTA DE TEATROS.

PERIÓDICO

DE LITERATURA Y ARTES.

APUNTES

SOBRE EL ARTE DE REPRESENTAR.

Dedicados à los individuos de la seccion de declamacion del liceo valenciano.

(Conclusion.)

Tal es la situacion de don Lope de Almeida en la comedia de Calderon *A secreto agravio secreta venganza*. Estando celoso de don Luis de Benavides, à quien veía sobrado obsequioso con su esposa, entra cierta noche en su casa, encuentra la pieza oscura, y oye ruido de cuchilladas: tira de la espada y cuando iba à acometer à un hombre que habia encontrado, sacan una luz, y ve que era don Juan de Silva, su amigo. Pregúntale admirado: ¿qué es esto? à lo que contesta don Juan, que al entrar en aquella sala encontró un hombre que salia, y preguntándole quien era, habia dado la respuesta callando. D. Lope penetra al momento lo que puede ser; mas para que su amigo no llegue à sospecharlo, le dice que era el mismo.

Lope. ¿Hombre?

Juan. Sí, y preguntando

Quien era, la respuesta dió callando.

Lope. Disimular conviene.

ap.

No crea que yo puedo

Tener tan bajo miedo,

Que mi valor condene.

¡Buena fuera, á fe mia

Mataros! yo era el mismo que salia;

Que tan desconocida

La voz, viendo que un hombre

Me preguntaba el nombre

En mi casa, ofendida

La paciencia, y turbada,

Callando doy respuesta con la espada.

Juan. ¿Cómo puede ser eso,

1.^a SERIE. TOMO I. 14.^a ENTREGA.

Si el que yo digo que era

Dentro está, cosa es cierta,

Pues no pudo salir por esa puerta

Que vos entrásteis?

Lope. Digo

Que era yo.

Juan. Es cosa extraña.

Lope. ¡Oh cuanto á un hombre daña *ap.*

Un ignorante amigo! (sábios.

¡Qué no puedan los cuerdos, los mas

Celar de un necio amigo los agravios!

Pues si por cosa cierta

Teneis que dentro ha entrado,

Fuerte y determinado

Guardadme aquella puerta,

En tanto, si eso pasa,

Que yo examino toda aquesta casa.

Dicho esto, deja la escena don Juan, luego toma la luz don Lope, y se entra á reconocer la casa; halla efectivamente escondido à don Luis, con el que vuelve á la escena y pasa entre los dos un bellissimo diálogo, en el que, disimulando don Lope el celoso furor que le devora, aparenta creer lo que don Luis le dice, y le acompaña y le alumbra con la mayor cortesania para que salga por una puerta escusada: sigue un corto diálogo de don Lope y su esposa en el mismo sentido, y en fin presentándose de nuevo don Juan, que se ha cansado de guardar la puerta, le dice con tono festivo don Lope:

Lope. Por Dios, don Juan, linda gracia

Es hacerme andar así

Mirando toda la casa,

Siendo cierto que fui yo.

Tomad otro poco el hacha,

Y andadla vos.

Juan. ¿Para qué,

Si ya aqui me desengaña

El saber que fuisteis vos?

Ya conozco mi ignorancia.

Lope. Con todo habemos los dos

Segunda vez de mirarla.

Leonor. ¡Qué prudencia tan notable!

Juan. ¡Qué valor, y qué arrogancia!

Sirena. ¡Qué temor!

Lope. De esta manera,

El que de vengarse trata,

Hasta mejor ocasion,

Sufre, disimula y calla.

En estas escenas, que he extraído por ser de lo mas bello que hay en nuestro teatro, don Lope ha de aparentar una serenidad, que está muy lejos de su corazón; mas al través de las palabras que pronuncia, ha de echar de ver el espectador la violencia que se hace para reprimir por entonces el celoso furor que le domina, al mismo tiempo que medita la venganza de su agravio. En la linda comedia titulada *Una ausencia*, hay una situación tan parecida á esta en el fondo, que con dificultad puede creerse que el autor original no la tomó del poeta español.

LA ACCION. Poco habria que decir de la accion, si pudiéramos suponer que todos los actores, en el momento en que empiezan á desempeñar su papel, se hallan intimamente penetrados de su espíritu, y que identificados con el personaje que representan, se olvidan de que hay un público que los mira y escucha; porque los que se hallen en este estado (solo conveniente hasta cierto punto), harán las acciones que correspondan á las palabras que digan y situación en que se encuentren, sin necesidad de estudio alguno; bien así como el hombre mas rudo ejecuta perfectamente, sin que nadie se lo haya enseñado, los ademanes propios de las pasiones que lo agitan. Pero como son tan raros los actores en quienes concurren la sensibilidad y talentos que son indispensables para llegar á poseer en tan alto grado del papel que representan, conviene dar algunas reglas generales para el gobierno de la accion, dejando á cargo del actor el modificarlas oportunamente para aplicarlas á las situaciones particulares en que se encuentre. Quintiliano trata con sumo acierto esta materia en el libro XI de sus *Instituciones oratorias*; y en mi concepto será muy útil que los actores tengan á la vista sus preceptos.

«Cuan importante sea el ademan al orador (dice) se vé bien claramente en que él explica la mayor parte de las cosas aun mas que las palabras; porque no solamente las manos, sino tambien los movimientos de la cabeza declaran nuestra voluntad... Pero si la accion y el semblante no se conforman con las palabras, si decimos con alegría las cosas tristes, y si afirmamos algunas cosas con ademan de negarlas, no solamente perderán su autoridad las palabras, sino que se harán increíbles.

«Conviene tener recta la cerviz, no agorrotada hácia arriba. En alargar ó encoger el cuer-

ap.

ap.

ap.

ap.

lo, hay por diferente modo igual deformidad; pero en tenerle estirado no solo hay trabajo, sino que se debilita la voz y se fatiga. Teniendo la barba pegada al pecho, sale la voz menos clara y como mas gruesa por estar oprimida la garganta.

«Rara vez parece bien levantar los hombros y encogerlos; porque se hace mas corta la cerviz, y hace una figura en cierto modo humilde y propia de esclavos.

«En los periodos que deben decirse de seguida y con velocidad, tiene mucha gracia un moderado movimiento del brazo, teniendo quietos los hombros, y tendiendo los dedos cuando se saca la mano. Mas cuando ocurre alguna cosa brillante y que pida estension, como aquello de Ciceron: *Las penas y las soledades corresponden con el eco á la voz*, se estiende á un lado; pues la misma oracion se esplaya en cierto modo con el ademan.

«Pero no me parece bien el que imiten las manos todo lo que se dice. Y esto se ha de observar no solo con las manos, sino tambien en todo ademan y voz. Porque en aquel periodo: *Presentóse en chapines el pretor del pueblo romano, apoyado en una mugercilla*, no se ha de imitar la inclinacion de Verres sobre ella; ó en aquel otro: *Era azotado en la plaza de Mesina*, no se ha de espresar el movimiento de los lados que suele causar el golpe de los azotes, ni se ha de sacar la voz como la que se espresa con el dolor: pues me parece á mí que faltan mucho aun aquellos cómicos, que cuando representan el papel de un jóven, sin embargo si en la narracion ocurre tener que hablar un viejo, como en el prólogo de la *Hydria*; ó una muger, como en el *Georgo*, representan con una voz temblona y afeminada. En tanto grado es viciosa la imitacion, aun en aquellas cosas en que depende de ella todo el arte.

«El movimiento de la mano comienza muy bien desde el lado izquierdo y remata en el derecho; pero de tal manera que parezca que pára, no que hiere; sin embargo de que al fin á veces cae, para volver con suavidad; y alguna vez se mueve con ligereza de una á otra parte cuando negamos ó nos admiramos.

«En este lugar añaden justamente los maestros del arte que la mano comience y acabe su movimiento, acompañando á lo que se dice, porque de otra suerte ó la accion será antes que la voz, ó despues de ella, lo cual uno y otro es deformidad... Los mismos maestros prohiben levantar las manos sobre los ojos, ó ponerlas mas abajo del pecho; por cuya razon se tiene por cosa defectuosa bajar la mano desde la cabeza, ó llevarla á lo mas bajo del vientre.

Estos consejos los dirige Quintiliano á los oradores, si bien menciona tambien á los cómicos; y de consiguiente solo habla de aquellas acciones permitidas á quien pronuncia un dis-

curso, preparado de antemano para persuadir ó disuadir á los oyentes; pero no de aquellas que son efecto de las grandes pasiones, y determinadas tal vez por un cambio imprevisto de situación, cual las que tienen que ejecutar algunas veces los actores, á quienes por otra parte se supone realmente agitados por la pasión de que se fingien poseidos. El actor debe accionar exactamente como lo haria en la situación en que se encuentra el personaje que representa: este es el gran principio del arte; si ama, inclinará algun tanto el cuerpo hácia el objeto de su amor; si aborrece, mirará siempre con desvío y repugnancia á la persona odiada; si ve de pronto una cosa que le aterra, volverá la cabeza al lado opuesto, estendiendo al mismo tiempo ambas manos, con las palmas vueltas hácia el objeto, como queriendo apartarle de sí. Cuando se recibe de improviso la noticia inesperada de una ocurrencia extraordinaria, es natural la admiración y el primer signo de esta es un leve, pero pronto sacudimiento de cabeza, echando al mismo tiempo el cuerpo atrás. Si encuentra despues de larga ausencia á una esposa amada, á un amigo querido, le abrazará una y otra vez antes de hablar, como para dar lugar á que el lenguaje mudo, pero enérgico de la naturaleza, espresese con aquellas acciones los primeros sentimientos del corazón, que como tan sublimes no alcanzan á esprimirlos las palabras. El orgulloso fija apenas la vista en la persona á quien habla y á la que se cree superior, y la posición elevada del cuerpo, y particularmente de la cabeza, denota la alta idea que de sí mismo tiene formada. La cólera, si está presente la persona que dá motivo á ella, se espresa bien doblando un poco el cuerpo hácia ella, tendiendo el brazo y la mano con la palma hácia adentro, y los dedos entreabiertos pero no agarrotados, acompañado todo de cierto temblor ó movimiento convulsivo. Si el objeto no se halla presente será mas propio doblar algo ménos el cuerpo, levantar un poco la cabeza, y llevar la mano á la altura de ésta. En los momentos de pasión en que se ve una persona convencida de un gran crimen ó afrenta, que creía oculta, es muy natural cubrirse de pronto el rostro con ambas manos, como queriendo ocultar su vergüenza.

Mas esto no son mas que reglas generales, y el actor que aspire á la perfección, no ha de separar nunca la vista de la clase y carácter del personaje; porque aunque el tipo general de la espresión de los afectos de placer ó dolor sea uno mismo en todas las clases, son infinitos los matices que los distinguen: todos los hombres, por ejemplo, corresponden con un ademán de desagrado á la noticia de que les han robado una cantidad de dinero; pero el avaro que tiene el corazón en su tesoro espresa la impresión que le causa con un gesto y un movimiento mucho mas

enérgico que el pródigo, que solo aprecia el dinero por el placer de derrocharlo.

Debo observar sin embargo, que así como todos los hombres son en general elocuentes cuando se hallan movidos por grandes intereses, de la misma manera suelen hacer en tales casos iguales ademanes. Oigase sobre este punto la delicada observación de Talmá.

»Los grandes acontecimientos de la revolución (dice) me sugirieron una observación que quiero dejar consignada: porque las violentas crisis de que durante aquella fui testigo, me sirvieron frecuentemente de estudio. El hombre fino y el hombre vulgar, tan opuestos en el lenguaje, usan comunmente en las grandes agitaciones del alma de la misma espresión: el uno olvida las maneras de la buena sociedad, y el otro deja sus formas vulgares: aquel desciende hasta la naturaleza, y este sube á ella: uno y otro se despojan del hombre facticio para no ser verdaderamente mas que hombres. Los acentos del uno y del otro serán los mismos en la violencia de las mismas pasiones ó de iguales dolores.

»Supongamos una madre con los ojos clavados en la desierta cuna del hijo querido que acaba de perder: una especie de estupidez en sus facciones; algunas lágrimas que surcarán sus mejillas, gritos agudos, sollozos convulsivos que se la escapan de cuando en cuando, señalarán igualmente el dolor de la muger del pueblo y el de la duquesa. Figurémonos tambien un hombre vulgar y un alto personaje, poseidos ambos de un acceso violento de celos ó venganza: estos dos hombres tan diferentes por sus hábitos, serán los mismos por el frenesí que los domina, y ofrecerán en su furor una espresión idéntica. Sus miradas, sus facciones, sus gestos, sus actitudes, sus movimientos, tomarán de repente un carácter terrible, grande, solemne, digno en uno y otro del pincel del pintor y del estudio del actor; y tal vez el delirio de la pasión les inspirará á ambos una de aquellas palabras, una de aquellas espresiones sublimes, que merezcan tambien ser recogidas por el poeta.»

Si los buenos modelos abundaran, su imitación seria la mejor escuela; porque á los grandes artistas, el genio y la sensibilidad les inspiran en el acto de la ejecución las acciones mas propias y que difícilmente ocurrirán jamás á un preceptista. Véase sinó á nuestro excelente actor D. Carlos Latorre en el *Edipo*, *Lord Davenand*, *Marino Faliero*, el *Piéluelo de París*, y sobre todo, á mi juicio, repáresele en *El Compositor y la Estrangera*, y se verá el valor que puede dar á una situación el genio del artista. Aquella especie de estupidez con que se presenta en la escena en los momentos de tranquilidad, aquella sonrisa fria y desanimada, aquella candidez in-

látil que se pinta en sus ademanes y palabras, retratan perfectamente el estado de un hombre de bien y de buenos principios, á quien una série de infortunios tiene casi alelado, y cautivan en su favor las simpatías del público. Se conoce que el artista ha penetrado todo el énfasis que encierra el título original de la pieza. *Pauvre Jacques!* ¡Pobre Jacobo! porque esta exclamación ocurre á todos los que le ven copiado tan al vivo por el señor Latorre. Pero donde éste da mayor muestra de su inteligencia, es en la escena diez, cuando amenazado de que le venderán el piano, corre á defender el instrumento querido, y protesta que antes perderá la vida que dejárselo arrebatar. Un actor de menos inteligencia y sensibilidad, se agarraría al piano y manifestaría con su acción y tono la fuerza material que puede emplear para defender su posesión. Con esto se daría quizá por satisfecha la generalidad de los espectadores; pero un artista como el señor Latorre, no podía quedarse aquí. Jacobo no trata de defenderle, porque tema perder el valor físico que pueda tener: esto fuera sobrado mezquino para un hombre de genio: quiere conservarle, porque aquel piano ha sido su consuelo en los largos años de su desgracia, le mira como un amigo, y por eso en la acción de asirle domina y se percibe mas la idea del cariño y del sentimiento que la de la fuerza: el señor Latorre no solo le toca, le palpa apresuradamente en toda su extensión, aproxima á él su rostro, acompañado todo de un tono tierno y conmovido; en una palabra, hace con el piano lo que en estado mas sereno podría hacer con un hijo que quisieran arrebatarle. Yo ignoro lo que sentirán los demás espectadores en esta escena, que es un triunfo seguro del señor Latorre; pero de mí sé decir, que en aquellos momentos llegaba á considerar el piano como un sér animado y sensible, y participaba del cariño que le manifestaba el amable Jacobo. ¡Tal es el poder de una acción bien entendida y ejecutada! ¡Tal es el privilegio del genio.

ESCENAS MUDAS. Las que llaman esas escenas mudas, se diferencian del gesto ó acción, en que no acompañan como éstos á las palabras, sino que las ejecuta el actor en los momentos en que guarda silencio su personaje. Manejadas con conocimiento, no solo dan el colorido de la verdad á la representación del que las ejecuta, sino que á veces contribuyen también poderosamente al éxito general del drama, por lo mucho que aumentan la ilusión.

La regla general para el desempeño de esta parte del arte, es la misma, y no puede ser otra, que se ha dado hasta aquí para todo lo demás; esto es, observar la naturaleza y seguir sus huellas: ¿oye por ejemplo el ac-

tor referir un acontecimiento cualquiera á presencia de varias personas? ¿observa la diferente atención que presta cada uno, según el mayor ó menor interés que tiene en el hecho de que se trata? ¿nota los ademanes de admiración, despecho, compasión, alegría, que hacen en ciertos pasajes, la ansiedad con que algunos devoran con los ojos el semblante del que habla, deseando que llegue cuanto antes al término de su narración? pues ya tiene hecha su estudio: fije y conserve en la memoria aquel cuadro; después vea qué interés tiene en lo que oye referir en la escena, y haga lo que vió hacer en el gran teatro del mundo: quizá no le corresponda mas que prestar atención á lo que se dice; pero de esta nunca puede disponerse, porque no hay cosa mas impropia ni que mas perjudique á la ilusión teatral, que lo que suelen hacer algunos actores, que cuando no les toca hablar, se distraen, mirando á otros puntos de la escena, y aun de los aposentos y lunetas, sin cuidarse de lo que el otro está diciendo.

Esta regla comprende, como es claro, á todos los actores; pero es esencialísima é imprescindible para aquellos que deben replicar ó responder al que está hablando; porque si estos empezasen su contestación sin haberla anunciado antes con algun ademán, descubrirían sobradamente que lo que decían era un discurso que tenían estudiado, para decirlo precisamente cuando su interlocutor concluyese el suyo, y el apuntador se lo avisara. En *El Pelayo*, por ejemplo, quiere Veremundo participar á éste que su hermana Hormesinda es ya esposa de Munuza; pero conociendo el golpe que descargará con esta noticia en el ánimo de Pelayo, busca mil rodeos para decírsela; pondera hábilmente los bienes que aquel amor ha pronunciado á los cristianos, los beneficios que debe á Hormesinda el pueblo de Gijón, en suma, va preparando el golpe; mas Pelayo que por los antecedentes que tiene preve y teme ya el término á donde va á parar el discurso de Veremundo, le ataja diciéndole:

« Por piedad, no acabeis... Estos los presencio... » (míos &c.)

Esta interrupción de Pelayo, tendría muy poco aire de verdad si el actor que desempeña su papel hubiese oído con indiferencia, poco interés, el discurso de Veremundo, y empezara á hablar sin preparación alguna; y por eso el actor inteligente emplea en esta ocasión la escena muda de irse agitando mas y mas, á medida que las palabras de aquel van anunciándole la falta de Hormesinda: su violenta respiración, el desasosiego de su semblante, pintan la impaciencia que le domina, y se aumentan progresivamente, hasta que no pu-

diendo ya contenerse, esclama penetrado de dolor.

« Por piedad, no acabeis &c.

Esta es la marcha de la naturaleza, esta es la verdad.

Ni se limita la utilidad de las escenas mudas al solo actor que las emplea: ayudan tambien poderosamente al que está hablando, y contribuyen en gran manera á aumentar la ilusion; así se verifica en una de las primeras escenas de *La Raquel*. El pueblo de Toledo está alborotado y pide la muerte de aquella favorita del Rey, á cuyo influjo y manejos atribuye todos los males públicos. Alfonso octavo lleno de indignacion, quiere castigar ejemplarmente tamaño insulto: en esta coyuntura se presenta y trata de aplacarle el noble y leal Hernan Garcia, y despues de referir en bellísimos versos varios sucesos anteriores, continúa así:

« Raquel... permite, Alfonso, que la nombre,

Y si te pareciere desacato

Que quejas de Raquel se te repitan,

Pague mi cuello culpas de mi labio.

Raquel (vuelvo á decir) &c. »

Estos versos dan motivo para una hermosa transicion al actor que los recita; porque es natural que al ir á hablar al Rey de los delitos de su querida, cosa que ha de herirle en lo vivo, se procure templar en lo sumiso del tono lo osado de la idea, y pedir una especie de venia para seguir hablando: mas esta transicion perderá mucho de su naturalidad y belleza, sino la motiva tambien por su parte el actor encargado del papel de Alfonso, con una escena muda: el Rey ha de escuchar con el continente grave y mesurado, propio de la magestad, todo el discurso de Hernan Garcia; pero en el momento en que éste toma en boca el nombre de su amada, es natural que por un movimiento pronto, se adelante un poco hácia aquel tomando al mismo tiempo la espresion del poder, como para decirle, ¿qué te atreves á pronunciar? tras lo cual cae perfectamente que reportándose Garcia diga con tono de decorosa sumision:

« Permite, Alfonso que la nombre &c.

hasta volver á reanimarse en verso.

« Raquel (vuelvo á decir), &c. »

No sería extraño que estas observaciones pareciesen á alguno demasiado tribiales, y se digese que pocos actores dejan de ejecutar las escenas mudas que he referido. Advierto por lo mismo que para hacer mas perceptible mi

principio, he escogido de propósito ejemplos en que fuese mas notable y manifiesta la necesidad de estas pinceladas ó toques delicados del arte.

Terminaré estos puntos con una observacion general, que es aplicable á todos los principios que se han indicado. En el teatro, tanto las acciones como las palabras, han de recargarse un poco á fin de que lleguen al espectador en su justa proporcion; bien así como las figuras que se pintan en las elevadas bóvedas de un templo, se trazan mayor dimension y se locan con mucha mas fuerza de colorido, para que parezcan naturales al que desde abajo las observa; pero es necesario mucho pulso para no escenderse de los limites que debe prescribir al actor su inteligencia, y el mismo conocimiento material del teatro donde trabaja; porque la menor exageracion en esta materia, podrá producir una caricatura y destruir toda la ilusion, pues como dijo con mucho acierto Boileau, solo es bello y agradable lo que es natural y verdadero. Sobre este particular de Shakespeare excelentes consejos á los cómicos por boca del príncipe Hamlet, que habla con uno de ellos.

¿Dirás este pasage en la forma que te le he declamado yo: con sultura de lengua, no con voz desentonada como lo hacen muchos de nuestros cómicos; mas valdría entonces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees así acuchillando el aire: moderacion en todo; puesto que aun en el torrente la tempestad, y por mejor decir el huracan de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la espresion. A mí me desazona en extremo ver á un hombre, muy cubierta la cabeza con su cabellera, que á fuerza de gritos estropea los afectos que quiere esprimir, y rompe y desgarrá los oidos del vulgo rudó, que solo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito: yo mandaría azotar á un energúmeno de esta especie. Evita, evita este vicio; pero no seas tampoco demasiado frio: tu misma prudencia debe guiarte. La accion debe corresponder á la palabra y esta á la accion, cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza. No hay defecto que mas se oponga al fin de la representacion, que desde el principio hasta ahora ha sido y es ofrecer á la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su propia imágen, cada nacion y cada siglo sus principales caracteres. Si esta pintura se exagera ó debilita, escitará la risa de los ignorantes, pero no puede menos de disgustar á los hombres de buena razon, cuya censura debe ser para vosotros de mas peso que la de toda la multitud que llena el teatro. Yo he visto representar algunos cómicos que otros aplaudian con entusiasmo, por no decir con escándalo, los cuales no tenian acen-

to ni figura de cristianos, ni de gentiles, ni de hombres: que al verlos hincharse y bramar, no los juzgué de la especie humana, sino unos simulacros rudos de hombres, hechos por algun aprendiz: tan inicuamente imitaban la naturaleza... Cuidad tambien que los que hacen de payos no añadan nada á lo que está escrito en su papel; porque algunos de ellos para hacer reir á los oyentes mas adustos, empiezan á dar risotadas, cuando el interés del drama debería ocupar toda la atencion. Esto es digno, y manifiesta demasiado en los necios que lo practican, el ridiculo empeño de lucirlo.»

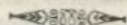
«¿En qué consiste, pues, (prorrumpe Talma despues de haber copiado este pasaje y otro análogo de Moliere) que sin embargo de los consejos de estos dos grandes maestros, y á pesar sin duda de muchos de sus contemporáneos, ha podido establecerse en la mayor parte de los teatros de Europa el falso sistema de una declamacion ampulosa; proclamandose en ellos como el único tipo de la imitacion teatral? Consiste (responde el mismo) en que la verdad es lo que mas cuesta de encontrar en las artes. La estatua de Minerva existe dentro del trozo de mármol; mas solo al cincel de Fidias es dado descubrirla. Esta facultad ha sido concedida á muy contados actores, y como el mayor número lo forman los de poco mérito, han dado estos la ley, y con el tiempo han llegado á establecer como principio que solo debian tomarse por modelos las infieles imitaciones de su pobre talento.»

Lo que acaba de leerse son solo unos apuntes, como espresa su titulo; y no debe por lo mismo extrañarse que se encuentre en ellos algun vacio. Los habrá sin duda, y no puede menos de haberlos, cuando ha tenido que hablarse en breves páginas de un arte tan difícil y complicado; pero aun así presumo yo que su lectura podrá ser útil á los jóvenes para quienes se ha escrito; porque á pesar de que el titulo parece me dejaba libertad para ir vertiendo mis ideas, sin orden ni trabazon alguna, he procurado sin embargo sujetarlas á un plan mas metódico que el que guardan en general las obras de esta clase; y ya que no haya entrado en pormenores y aplicaciones que pedirian gruesos volúmenes, he cuidado de esponer con claridad las reglas generales, y he corroborado alguna vez con ejemplos la exactitud de los principios. Y en fin, cualquiera que haya sido mi desempeño, este artículo será siempre un testimonio del aprecio que me merece un arte que tan deprimido ha sido por la ignorancia, y hé aqui un titulo mas para que me dispensen su indulgencia los señores actores y demas personas inteligentes.

LUIS LAMARCA.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

DON MARIANO REMENTERIA Y FICA.



Entiéndese comunmente por celebridad en todos los círculos del mundo civilizado, la fama que adquiere un sugeto por su relevante mérito y por los elogios del vulgo, que pasando de una á otra generacion, immortalizan al celebrado de un modo mas eficaz que el que producen generalmente las páginas de la historia, llenas las mas veces de omisiones ó exageraciones segun el gusto de la época en que se escriben y del sentir del autor que las redacta; y estos defectos en que indispensablemente incurrir los hombres, nos hace creer y admitir en medio del mas sincero convencimiento la idea de que aquel género de celebridad no está aislado á servir de inmarcescible corona al venturoso que en la sociedad adquiere nombre, porque no siempre se proporciona el talento cuando tenemos tristes ejemplos de esta verdad en la singular estimacion que se prodiga á un necio valido, ó á un imbécil acaudalado, en descrédito de la especie humana que, deslumbrada con apariencias, no profundiza por lo comun las causas que motivan su favorable juicio, dejando por consiguiente envuelto en las tinieblas del olvido al que siendo desventurado, solo alcanza de su filosofia, imágenes de consuelo en la adversidad, resignacion para sobrellevar la ingratitud de sus semejantes, y entereza para despreciar en el comercio afectado de los hombres los móviles con que el estúpido procura elevarse á la esfera del saber. Y de la tolerancia de este crimen no está exento el siglo actual, á pesar de sus protestas de progreso y civilizacion, porque importa poco la apoteosis de Cervantes y Calderon erigiendo una suntuosa estatua al primero y un decoroso sepulcro al segundo, si dejamos perecer en la indigencia á nuestros ingenios contemporáneos, incurriendo en el propio vicio de las anteriores generaciones, que con un nombre de oprobio por su criminal indiferencia nos legaron el cuidado de reparar su falta para que no se mancille la reputacion de nuestra nacion tan digna por todos titulos de respeto y de la admiracion de los estrangeros que temen sus adelantos como precursores de una total emancipacion.

Estas reflexiones producidas por la desgraciada muerte del literato D. Mariano de Rementeria y Fica ocurrida en esta corte recientemente, nos obliga á rendir un pequeño obsequio á su memoria, consignando los detalles de su vida y la noticia de sus obras en

el siguiente artículo biográfico, aunque corto tributo al homenaje debido al hombre honrado, que á par de buen amigo, tierno esposo y cariñoso padre, vivió sin ambición y no conoció otros émulos que el destino adverso de su funesta estrella.

Nació en Madrid á 7 de abril de 1786 envuelto en la desgracia de dar en su alumbramiento la muerte á la autora de sus días. Hijo único pudo seguir su educacion en esta corte al lado de su padre, que bien pronto pasó á segundas nupcias; pero como aquel se ideaba su futuro bienestar en el cariño que debía merecer á su familia materna, establecida con casa abierta de giro en Bilbao, le mandó á ella á los tres años de edad, aunque por razones particulares le entregó á su hermana doña Maria Antonia de Rementería, viuda de un abogado que habitaba con su cuñado D. Martin Zornoza, cura párroco de aquella villa y eclesiástico de singulares virtudes, quienes temerosos de los inconvenientes que en aquellos tiempos se suponían en la asistencia á las escuelas públicas, le dieron un maestro particular en casa con cuyo auxilio adquirió las nociones de la primera educacion.

Había nacido con él una indecible curiosidad y deseo de ilustrarse, y esta inclinacion recomendable se fomentó no poco con la lectura de muchas obras que contenia una librería que en la misma casa dejó en depósito un antepasado, aficionándose en tanto grado á los buenos modelos, que á la edad de seis años conocia muchas de las bellezas del *Quijote*, si bien, como despues decia, este precoz desarrollo no fue provechoso á los tomazos de comentadores en solio de que abundaba aquella casera biblioteca, porque exaltada su tierna fantasia con las graciosas batallas del liero manchego, les daba sendas estocadas en el robusto lomo con un espadín viejo y roñoso. *El Telémaco y el hombre feliz de Almeida* acabaron de aficionarle decididamente á la lectura en aquella tierna edad, inspirándole por consiguiente mas amor á la quietud que á los juegos bulliciosos de la infancia. Fuera de esto su complexion en la niñez fué débil, y esta circunstancia impidió el que continuase en el dibujo para el que manifestaba las mejores disposiciones, pero cursó latinidad estasiándose en la contemplacion de los poetas *Cvidio, Horacio y Virgilio*, y en los prosistas *Cornelio y Ciceron*.

En 1802 al fallecimiento de su padre pasó á la tutela de su tío el sacerdote don José Patricio de Fica, que en union de sus hermanos tenia casa de comercio de crédito y razonable capital, y poco despues al curso de filosofía en el convento de religiosos franciscos de Bilbao, pero en medio de estas tareas se había declarado su aficion á la poesía, siendo su primer ensayo en varias fabu-

las originales compuestas á hurtadillas de su tío, poco afecto á este estudio, porque consideraba que pudiera serle perjudicial para otros mas importantes.

Destinado á la carrera eclesiástica pasó á la universidad de Oñate en 1803 á continuar y estudiar la ética ó filosofía moral, y despues leyes y el idioma francés; mas entrando otros fines en el cálculo de su tío, se trasladó á la universidad de Valladolid donde continuó varios estudios con el mayor aprovechamiento, hasta que la invasion francesa le obligó á regresar á Bilbao y tomar las armas entre la juventud vascongada para defender los derechos del pais, cuyos esfuerzos heroicos tuvieron una recompensa tan aciaga cual se deduce de la muerte de su tío, ocurrida por entonces despues de haber perdido lo mejor de sus bienes.

Un viage que verificó para conciliar asuntos de familia, produjo su primera obra titulada *Mi viage á Rioja*, y á poco tiempo contrajo matrimonio con doña Maria Josefa Landeta, natural del mismo pais, en ocasion en que atendiendo el gobierno Constitucional de 1814 á su mérito y particulares circunstancias, le nombró secretario del ayuntamiento de Bilbao, cuyo destino desempeñó hasta la reaccion ocurrida posteriormente. Estos acontecimientos le atrajeron la antipatia de los partidarios del absolutismo y le redujeron á un mal estado, que en vano procuró dulzurar acometiendo varias empresas en el giro y otros asuntos, porque todo se mostraba ante él en tortuosos caminos. La llegada á Bilbao del general Renovales comprometió á varias personas en la célebre causa de Richard, y Rementería envuelto entre ellas fue preso con el mayor rigor y tratado como enemigo del rey; pero no habiéndosele podido justificar nada, fue puesto en libertad bajo fianza despues de mucho tiempo, con lo cual se trasladó á esta corte donde se hallaba cuando en la segunda época constitucional se le confirió un empleo en la aduana de Irun que sirvió hasta el año de 1823 en que se restituyó á Madrid, anticipándose á la llegada de vanguardia de las tropas de Angulema.

El ejército que se nombraba aliado se encontraba ya en la capital, y como Rementería tuvo hospedado por una temporada en la casa de la Red de S. Luis al desgraciado general don Rafael del Riego, sufrió mil insultos del populacho tan fecundo en todas las revoluciones. Estos sucesos le obligaron á retirarse del bullicio social y á escribir para sustentarse, pero con tan mal éxito en sus ganancias como lo justifica la venta que hizo en 120 rs. al impresor D. Miguel de Burgos de la propiedad de su lindísimo poema: *Un paseo por el Retiro en una mañana de primavera*; y la traduccion del *Dictionaire de Religion*, que acomodó á nuestras costumbres, y tituló *Lecciones de literatura sagrada* que tambien vendió á otro editor

en solos 20 duros: corriendo la misma suerte. *El mérito de las mugeres*, traduccion del poema de Legouvé; *La gramática italiana para uso de los españoles*; *El arte de hacerse querer de su marido*; *El hombre fino al uso del día*; *El filósofo hecho cristiano por la contemplacion de la naturaleza*; *La noche de luna*; *Tellez ó el día 2 de noviembre en el campo*; y *la epístola á Fabio sobre estudios filosóficos*.

La miseria que en aquellos días aciagos rodeaba á tan benemérito literato y su desgraciada familia, exigía un pronto remedio: la impetuosa necesidad y el honor, luchaban de continuo, y como el crimen y el embrollo estuvieron siempre distantes del honrado pecho de aquel padre desventurado, no vaciló un momento en adoptar el camino del virtuoso, encontrándose en la necesidad de mendigar, pero dándose por satisfecho al adquirir el pan para sus hijos, volvía á su casa á ocuparse en escribir el *Mahamat Osman ó arte de darse buena vida*, naciendo sin duda las bellas ideas de que abunda en el deseo que tenía de mejorar la suya.

Ya la continua zozobra del infortunio rayaba en desesperacion, pero los saludables consejos y socorros de los dignísimos padres capuchinos del Prado hacían mas llevadera la desgracia, hasta que el caritativo impresor don Eusebio Aguado, le ofreció la tabla con que evitar el naufragio, concediéndole ocho rs. por día incluso los festivos, con destino á su establecimiento para corregir pruebas. Tres años transcurrieron en este ejercicio, durante los cuales solo dió á luz una anécdota suiza titulada: *El veterano y la visita de los cementerios y campos santos* en que corrió libremente su imaginacion en el sentido mas religioso; y por fin una *Práctica para ganar el jubileo del año Santo*, precedida de una noticia histórica sobre este acto entre los hebreos y los católicos, añadiendo al fin una *paráfrasis del Miserere en verso*, todo improvisado en el corto término de dos horas en el despacho del tipógrafo don Luis Camazon.

A varias oposiciones se presentó en distintas épocas, obteniendo en todas el primer lugar, que era cuanto podía esperar quien carecia de recomendaciones, cuando una critica ligera fulminada por don José Maria Carnerero, redactor principal del Correo Literario, llamando obra importante á un *Arte de cocina* que Rementeria tradujo, le hizo conocerse, porque la contestacion de éste se redujo á citar sus demas producciones, que Carnerero no habia visto, pero que le gustaron en tanto grado, que le propuso para su colaborador en el periódico que dirigia con 12 rs. diarios, cuya suma aumentó despues hasta la de 8800 anuales el editor don Pedro Jimenez de Haro, quien le dió el remplazo de Carnerero.

Las infinitas composiciones en prosa y verso que allí insertaba y el giro dado á esta publicacion, la hicieron tan estimable como el públi-

co recuerda, hasta que por ciertas denuncias de politica se suprimió, asi como la *Aurora* y la *Crónica* que la sustituyeron. Volvió entonces la desgracia á entronizarse entre su familia: su esposa cayó en una demencia, y á no haber sido por el justamente llamado padre de los pobres don Manuel Fernandez Varela, comisario de Cruzada, hubieran perecido todos á manos de la indigencia.

Continuó despues de pasada aquella borrasca, que á poco ocasionó la muerte de su apreciable esposa, en las redacciones del Boletín de Madrid, la Revista Española y el Tecnológico, hasta que fué colocado por el gobierno con el sueldo de 10,000 rs. anuales en la de la Gaceta, cuyo destino terminó al pasar á empresa este periódico. Y por último consiguió una plaza de catedrático en la escuela Normal de esta corte que desempeñaba á su fallecimiento: escribiendo en los cortos ratos que le dejaban las atenciones de sus destinos las obras siguientes.

Obsequios tributados á la memoria de Miguel Cervantes.

Gramática francesa, traduccion de Fournier, acomodada al castellano.

Manual del hombre en sociedad.

Traduccion del poema de los jardines de Delfile.

Verdaderos elementos de la pintura, traduccion.

Manual del Quijote. La Herodiada, traduccion de un poema latino.

La niñez bien educada.

Principales descubrimientos de Europa, traduccion.

Gramática castellana, para el uso de los alumnos de la escuela Normal.

Su colección de poesías.

Ganar el pleito dos veces, comedia original en dos actos y en verso.

Juana d' Arc ó la Ponzela de Orleans, drama original en cinco actos en verso y prosa, escrito á una con su íntimo amigo el autor de este artículo biográfico.

La abuela, traduccion de un drama francés de Scribe y otros varios folletos, artículos y poesías estraviados en sus trastornos domésticos.

Este fué el distinguido escritor que por única opulencia en los días de su amarga vida, disfrutó de las riquezas de imaginacion con que le engalanaron las musas. Su mérito se negó al círculo de lo sublime, y sus obras responden con ventaja en pro de este juicio. Distantes del manejo del oro corruptor, se consagró á la virtud, y en ella y en la Religion buscó el consuelo de sus males. Amigo de los hombres en general y agradecido en extremo, cautivó la estimacion de cuantos le trataron porque de su modesta boca solo se oyeron frecuentes elogios hasta de los que pudieron agravarle.

La educacion de sus hijos ocupaba sin cesar su pensamiento y el cielo quiso sin duda acceder á sus votos concediéndole cinco que han heredado sin deterioro las bondades del padre. Su muerte les sumió en un eterno desconsuelo porque en el día 5 de diciembre, octava de aquel en que se verificó el matrimonio de una de sus hijas, con inaudito placer de todos, salió el desventurado padre de su casa, abrazó y besó cual de costumbre á su cara familia, y al llegar á la esquina que forma el encuentro de las calles de la Cruz y la de Espoz y Mina, quedó muerto repentinamente de una apoplejia sanguinea fulminante. Tan inesperado golpe produjo una sensacion en sus hijos y amigos que no se extinguirá jamas, aun en la íntima confianza de que sus acciones le han colocado en mejor vida, y de que la fama menos esquiva con él que lo fué la fortuna no le negará el merecido lugar en el templo de la inmortalidad.

ANTONIO DE IZA ZAMACOLA.

REVISTA DE LOS TEATROS.

GUZMAN EL BUENO.

A beneficio del señor Fabiani se ha representado *El castigo de una madre*, pieza que tiene muchos puntos de contacto con otras que no han pasado tan desapercibidas como ella. Dejémosla pues á un lado y hablemos de la obra de mas bulto que se ha puesto en escena el presente año en el teatro del Principe, y á fé que nos es altamente sensible que la premura con que escribimos no nos consienta entendernos cual deseáramos.

Guzman el Bueno se ha estrenado en la noche del 26 á beneficio de la distinguida actriz doña Matilde Díez. No hay español que ignore la bárbara heroicidad del gefe castellano que no solo prefirió la muerte de su hijo á la entrega de Tarifa, sino que arrojó su propia espada al campamento contrario para que sirviera al rudo sacrificio: no hay hombre de letras que no alcance cuan difícil es de tratar en el teatro un asunto de esa especie. Mas de un poeta halagado por la belleza del carácter de Guzman ha querido tal vez sacarla á la escena y aun acaso ha roto lo escrito estremeciéndose de su propia osadía. El señor Gil y Zárate concibió la idea y la ha combinado tan maravillosamente, la ha desenvuelto con tal naturalidad, que es imposible no reconocer en él todo el genio de un eminente poeta. Tenemos por acabadas las figuras de Guzman, de su esposa, símbolo de ternura maternal, de su hijo, que

vacila un momento en su fé al ver el desconsuelo de una madre, pero que despues satisface con denuedo las exigencias del honor; el soldado Nuño tan honrado como animoso representa un carácter que sin mas rasgos de los que le distingue, podría ser un excelente protagonista de otro drama, donde no campease el heroico Guzman. Hay otro personaje que no está sino bosquejado, y es el del infante D. Juan: el señor Gil merece por ello alabanza, pues hubiera sido lástima empañar tan hermosos cuadros haciendo que resaltasen mas claros los negros colores de tan menzuada figura. Bástale saber al espectador que D. Juan es un vil, un infame, sin que le siga punto por punto indignándose á cada paso al ver su infamia y villanía. Ha querido el señor Gil ocultar al público el espectáculo irritante de un traidor, para que sienta la terrible lucha de un varon fuerte, que ciefra los oídos á las ardientes súplicas de su desolada esposa, y que sin embargo aguarda á que la noche tienda su velo sobre el mundo para llorar amargamente por el hijo que sacrifica á su honor. Ha sido llamado á la escena el señor Gil y recibido al son de universales aplausos.

Decir que la ejecucion ha sido mala, sería cometer una grosera inexactitud: asegurar que ha sido buena, sería traspasar los límites de la indulgencia. La señora Díez ha estado como siempre encantadora: su acento va derecho al corazón: no se puede pedir mas de lo que ha hecho. El señor Romea ha comprendido su papel como era de esperar de un actor tan distinguido: ha tenido momentos felices; mas si no estuvieran todos acordes en que no es actor trágico, bastarian á demostrarlo los esfuerzos que hizo por salir airoso en los finales del acto 1.º y del último; esfuerzos loables, si, pero que no superaron la dificultad: en aquellos momentos no pudimos menos de recordar al señor Latorre, y perdonen este recuerdo los que consideran impecables á los santos de su devocion. El señor Sobrado estuvo bien en su papel, aunque al representar al soldado Nuño, creimos advertir alguna reminiscencia del soldado de los campos de Lodosa que figura en la *Batelera de Pasages*.

No falta quien ha mestrado estrañeza al observar que para *Guzman el bueno* se há usado de la misma decoracion que se estrenó para *Lucrecia Borgia*, y no concebimos como pueda acomodarse á épocas tan distantes entre si, ni hay quien presuma que el buen castellano de Tarifa legase sus muebles al *duque de Ferrara*. ¿Es imposible que solo en las majas han de estrenarse decoraciones?

A. FERRER.

TEATRO DE LA CRUZ.

L' Elixir d' Amore, ópera bufa en dos actos, música del célebre maestro Donizzetti.

Se ha vuelto á poner en escena esta brillante partitura, que sin duda es la mejor ópera bufa despues de las de nuestro célebre Rubini. Siempre ha demostrado el público su aceptación hacia esta obra que por sí sola basta para descubrir los buenos y profundos conocimientos de su autor, pero en esta última temporada ha superado á todos nuestros cálculos, el entusiasmo con que ha sido recibida. No podemos atribuirlo principalmente á otra cosa mas que al completo y felicísimo desempeño, y al esmerado y cuidadoso celo con que se ha puesto en escena, vestido y decorado. Respecto á la ejecucion, el público ha dado su fallo con repetidos aplausos y no podía ser menos, si se consideraba al señor Salas, ese genio músico, designar y fijar su carácter en el *Dulcamara*, con una verdad y una maestría admirable no dejando nada que desear como actor inteligente, ya tambien como acreditadísimo cantante.

La señora Perelli, linda como siempre y graciosa tambien, como cuando quiere serlo, demostró lo que de ella dijimos en nuestro número anterior, y es lástima que alguna vez nos prive de su gracia escénica y sus bellas notas. En esta ocasion hemos disfrutado de uno y otro y la felicitamos del éxito brillante que por su amabilidad ha obtenido.

El señor Miral, aunque su parte no tiene lucimiento por no ser de las de principal interés de la obra, cantó bien y se presentó con la finura que le es tan propia, arrancando siempre aplausos en las piezas únicas de entidad respecto á su parte. El señor Unanue, de quien antes de la representacion habíamos oído pronosticar mal en esta ópera, porque decían no era segun los *dilettantes* de su *tesitura*, nos sorprendió cantando no solamente muy bien sino con la mayor precision, esmero y brillantez. Todos los demas con inclusion de los coros, estuvieron perfectamente, y hé aqui un complemento difícil por cierto en una compañía. Del vestuario y cuidado de escena acreditan el esmero, haber visto al señor Salas vestido con un elegante y rico traje igual en un todo al que el célebre *Lablache* saca en esta ópera, y haber igualmente enriquecido la brillante escena donde canta el aria, con una muy buena carretela tirada por dos caballos bien enjaezados, y conducidos por vistosos lacayones, en lugar del miserable y chavacano tabladillo donde antes se ejecutaba. El haber visto el lindo traje de la señora Perelli, los combinados de los

demas, y la exactitud en los sitios, con pequenezes que otras veces vemos descuidadas.

Concluiríamos aqui el análisis sino tuviéramos que dar cuenta de una pequeña cosa que ha producido un buen efecto, en razon á una circunstancia particular que manifestaremos. Para concluir la ópera en lugar del Rondó se ha sustituido una cancion española, música del maestro Espín, que ha sido cantada por la señora Perelli. Hé aqui la circunstancia del buen efecto. Si en vez de la señora Perelli que cantó bien y se aplaudieron justamente hasta sus esfuerzos de pronunciacion, la cancion se hubiera cantado por una española, el efecto hubiera sido acaso contrario. ¡Somos tan sensibles los españoles!

INSTITUTO ESPAÑOL.

Representacion del ensayo lirico sobre la ópera del Barbero de Sevilla.

Produjo este ensayo dinero al establecimiento, y repetidos aplausos á la señorita Chimeno, el señor Barba, el señor Aparicio y el señor Alverá. Hicieron los jóvenes aficionados lo que estuvo á su alcance para complacer al público y este se lo recompensó debidamente. Notamos en el señor Barba que ademas de cantar bien, tuvo mas soltura que en el teatro, en el señor Aparicio una hermosa voz y cuidadoso estudio, y en el señor Alverá gusto en el canto aunque sin voz, por ahora, pero con una inteligencia como actor y un gusto en el canto que parece sorprendente que pueda tenerla por primera vez quien se presenta para ser juzgado del público. No se conoce que ha dejado pasar en valde su asistencia á los bastidores, pues ha tomado algo de los mejores modelos que dentro y fuera de ellos ha visto. Siga estimulando el director del *instituto español* á estos jóvenes, y ellos le pagarán con usura los esfuerzos y numerario que tenga que consagrar para conseguir sus loables proyectos.

Despues de escrito este artículo, hemos sabido que se ha anticipado nuestro propósito. Felicitamos al autor de un acto tan filantrópico como útil.

Historia anecdótica del siglo XIX.

LA ESTRELLA CAUTIVA.

Hace como dos años que vagaba por los bosques de Vincennes, una graciosa niña en

una de esas bellas tardes en que, al ponerse el sol, lanza sus magníficos y gloriosos esplendores á través de las ramas de los árboles ya desnudos. Caminaba á paso lento y casi pensativa, hollaba con sus menudos pies las hojas secas, recojía las mas bellas, y se estaba al ver las tintas de púrpura y oro que, al arrancarlas, habia impreso en ellas el otoño. Si alguna mariposa volaba por encima de su cabeza, corría tras aquel ramillete con alas, no para cojerlo, sino para perseguirlo y gozar por mas tiempo de su vista, á la manera que, entre la vida material, tiende el poeta sus brazos para asir mil fantasmas impalpables de ventura. El sordo ruido de los carruages que pasaban á lo lejos, el agudo silbido de las langostas ocultas bajo la yerba, el salto rápido de algun conejo, arriesgado y tímido á la vez, que atravesaba de un brinco el sendero, distraían alternativamente á la muchacha, producian angelical sonrisa en sus rosados labios, y añadian una llama mas á sus rasgados ojos negros que brillaban bajo largas pestañas. En fin, ya por cansancio, ó ya por oír los gorgoros de un pajarillo, que antes de partir para su destierro, dedicaba sus postreros cantos á los árboles en que se mecía su nido de yerbas, se sentó la niña en un ribazo. Allí desplegaba el césped espesa alfombra de verdura. Reclinada bajo una encina, cuyas amarillas hojas lanzaban sobre la frente de aquella encantadora criatura diademas de sombra y de luz, parecia uno de los cándidos ángeles, soñados por Swendemberg, que descienden á los bosques para recoger los perfumes de las flores y depositar inefables incienso á las plantas del señor.

Inclinó la niña su linda cabeza sobre su brazo medio desnudo que desapareció del todo bajo las brillantes ondas de una cabellera de oro. Semejaba entregarse así, por una intuición anticipada, á la melancolía general de la naturaleza, cuando se incorporó súbito prorumpiendo en gritos de terror. Un insectillo, semejante á una gota de agua, cubierta de polvo, trepaba lentamente por su faleta y se distinguía un punto negro entre los pliegues de la tela virginal. A la vivacidad de un movimiento cayó el insectillo, y la olvidadiza muchacha volvió á sus carreras vagabundas y á sus juegos.

Entretanto la vaga humedad que entumecía el aire é impregnaba la atmósfera de húmedo deleite, iba siendo menos dulce y se transformaba poco á poco en ligera bruma: tendió la neblina sus cenicientas alas entre los arbustos, y envolvió en su manto las altas breñas y las cavidades de las rocas. Tuvo la niña que cubrirse los hombros con un chal, y que apresurar el paso para llegar pronto á su casa: era la hora de dar las buenas noches á su madre, ofreciéndola su frente para que imprimiera en ella un beso, la hora de la plegaria de la tarde, la ho-

ra de los apacibles sueños y de las tranquilas y dulces ilusiones. Preparada por sus escursiones á los bosques á tan placentero reposo, sentía la muchacha penetrar dulcemente bajo sus largas pestañas algunos imperceptibles granos de arena, mientras casi dormida y sentada sobre las rodillas de su madre, se dejaba desnudar lentamente. Desprendida ya la falda de las argentadas uñas de un broche yacía sobre la alfombra, todavía hinchada y hueca: ya salían dos blanquitos y delicados pies del flexible estuche de unas medias, cuando los ya lánguidos ojos de la niña recobraron súbito su habitual viveza. Juzgad de su asombro al ver resbalar muy despacio una estrella entre los pliegues de su ropa: sí, era una estrella con todo su fulgor, que en nada se parece á los resplandores materiales de la tierra; una hermosa luz purpurina y azulada á la vez, tal como la que debe inundar en el cielo la frente de los ángeles de Dios.

Al pronto creyó la niña ver una huella luminosa impresa por la planta del niño Jesus, porque no ignoraba que el hijo de Maria desciende del paraíso para oír de mas cerca las oraciones pronunciadas por los ángeles de la tierra, que llevan el nombre de su madre. Pero cediendo en breve al instinto de la curiosidad, que impele de continuo al hombre á trocar risueños errores por tristes realidades, se acercó á la estrella y en vez del signo celeste, solo halló un gusanillo semejante al que antes habia lanzado de sí en el bosque por un movimiento de espanto y de disgusto. El negruzco insecto iba y venia paseando su fanal por los pliegues de la falda, inquieto de buscar en vano la bóveda azul del cielo tachonada de las estrellas sus hermanas. Aquella era la hora de gustar delicioso néctar en la frescura de la yerba, al resplandor de la luna, y de beber en una gota de rocío, y no sentía debajo el gusanillo sino un tisú duro y estéril: no veía sino la ruda llama de una lámpara rojiza. Aun le aguardaban dolores y peligros mas funestos; le asió la niña con sus ténues dedos, le encerró en una caja de carton, y alegre por la conquista de una estrella, colocó al prisionero y á la cárcel bajo su almohada sin curarse del mal que hacia, sin sospechar el daño que iba á producir su capricho.

Muchos tormentos debió pasar el pobre insectillo pues á la mañana siguiente, cuando la niña abrió la caja no halló sino un cuerpo inmóvil y que parecia muerto. Se cruzaban bajo su pecho sus crispadas patitas: tenia oculta la cabeza entre el cuello: en fin la estrella, la hermosa estrella no brillaba ya; la habia desteñido el cautiverio! ¡la desesperación la habia eclipsado! una lágrima brotó de los ojos de la carcelera, resbaló por sus sonrosadas mejillas hasta el borde de la caja, y

allí se deshizo y saltó desparramándose: una de las mil gotitas en que se convirtió la lágrima roció el cadáver: súbito se agitó blandamente. En el momento sucedió un grito de alegría á la tristeza de la que se arrepentía de haber cometido un asesinato: sacó la caja al aire libre: el gusanillo tanteó con sus patas el lugar donde habia estado á punto de perecer por falta de respiración, y probó á reconquistar su libertad. ¡Ah, la libertad no debía serle devuelta!

Quiso el acaso que en el instante de la resurrección del gusanillo llegase á la casa un amigo de la niña: era uno de esos hombres graves y frívolos á la vez que miran con menosprecio las agitaciones políticas del mundo y que nunca sienten suficiente admiración ni entusiasmo hacia la más humilde de las maravillas prodigadas á manos llenas sobre la tierra por las sublimes fantasías de Dios. Olvidó pues al punto el objeto que allí le trafa para no ocuparse sino del gusanillo: se interesó por él: mostróse inquieto por la suerte que le estaba deparada, abogó lo mejor que pudo para conseguir que se le restituyese á la yerba donde antes gozaba el infeliz una vida libre y alegre. Careció sin duda de elocuencia porque no logró persuadir. La conquistadora persistió en conservar la estrella que habia hecho cautiva: por fin fué preciso ceder á esa suprema é incontestable voluntad que caracteriza á los niños, reducida á quedar contentos con simples concesiones. Ya que no se podía obtener la libertad del insectillo, fuerza era procurar al menos que su cautiverio fuese lo más dulce y venturoso que ser pudiera. Se taladró por el fondo un ancho vaso de cristal con pequeños agujeros á fin de que chupasen la humedad: aderezado así el vaso se colocó en él un manojito de césped mezclado con tierra y humedecido; y por último cojieron al insectillo con mucho cuidado en la punta de una pluma, y lo depositaron en el centro de aquella reducida pradera. Fácil fué de advertir que no le seducía aquella engañosa libertad: no fué su primer diligencia bañarse las patitas en aquellas gotas de agua, ni chupar de los hilos de yerba jugo que le nutriese: desde luego conoció que se hallaba cautivo é intentó escaparse: fué directamente á uno de los extremos del vaso y se puso á girar en torno dando de continuo principio á un círculo sin fin. Después de una hora de fatiga y de inútiles conatos se detuvo sobre una hoja de trébol, y pareció inmóvil, místico, anonadado y deseoso de morir. Ya no lucía la estrella.

Frente á frente del suicidio por espacio de tres días enteros se resistió á toda sustancia y á todo movimiento: al cuarto día por la tarde vió la niña con gozo recobrar su esplendor y vagar por los hilos de yerba á la azu-

lada estrella, estinguida hasta entonces. Resignábase la prisionera al cautiverio: después de una larga y terrible lucha habia vencido el amor á la vida.

Conviene disculpar al insectillo por haber desistido de su siniestro y estoico proyecto tanto más cuanto que no pertenecía al sexo de Catón sino al de la débil Virginia; y eso prescindiendo de que no pasaba de la edad de la adolescencia si es que no pertenecía aún á la de la infancia. Esto se conocía sin trabajo en no sé qué gracia y encanto de formas juveniles, en el número de anillos cenicientos y pajizos que formaban su ropage de silvestre elegancia, y sobre todo en la absoluta carencia de alas.

Una semana después parecia no acordarse ya la cautiva de su perdida libertad. Por el día se paseaba, comía y dormía, y resplandecía por la noche cual si encerrada en un calabozo de cristal, adornado de yerba, no echase de menos el espacioso campo. Pero el manojito de césped no pudo acostumbrarse al cautiverio, á pesar del rico abono que le habian dado, y de la solicitud con que lo sacaban al aire libre cuando no soplaban el viento con mucha aspereza. Sus hebras que antes posaban alegremente y con brío en un arenoso rincón, donde rara vez caía una gota de agua, y donde con menos frecuencia penetraba un rayo del sol, ahora se marchitaban y languidecían bajo el peso de mortal quebranto. Nada pudieron alcanzar la ciencia del naturalista, ni, lo que es más eficaz, la experiencia del jardinero. No obstante, apresurémonos á decir que el virgen insectillo no padecía en gran manera por la desaparición de sus verjeles, porque cuando el manojito de yerba carecía de verdura le ponían otro y así conseguían rodearle de una primavera eterna: jamás brilló la estrella con lumbré mas pura y esplendente.

Duró esto hasta los primeros días del mes de marzo; luego nadie se acordó ni paró mientes en el vaso de cristal, ni en la estrella, cuyo fulgor siempre brillante desde la caída de la tarde habia sido hasta entonces la admiración de todos. No remojaron mas la yerba: seca ya la tierra se desquebrajó, y á poco solo quedaron en el vaso heno y polvo. El mustio gusanillo levantaba lánguidamente su cabeza con las angustias del hambre y de la sed.

¡Oh! ¡El infortunio habia descargado su terrible golpe sobre aquella casa, inundada antes de felicidad! Cierta tarde brillaron mas resplandecientes los ojos de la niña, y tomó su acento una expresión poderosa que regocijó é inquietó á su madre á la vez. Se coloraron al punto sus mejillas: sintió una necesidad mas imperiosa de movimiento y de acción; mas no tardó en fatigarse y en buscar

reposito en el regazo de su contristada madre. Por la noche rodearon célebres médicos el lecho de la enferma, sin atreverse á que se encontraran sus miradas, se retiraron en silencio, y no dejaron ninguna esperanza de vida; ninguna! Oía el padre con susto la trabajosa respiracion de la niña á quien habia visto fresca y risueña por la mañana: volvíase la madre loca de desesperacion, y quería morir al mismo tiempo que su hija: no le quedaba otro consuelo que el de no separarse de ella un solo punto.

Al dia siguiente llevaron varios eclesiásticos á aquella casa un pequeño atahud, mientras una silla de posta conducia lejos de aquellos lugares tristes á un hombre que no habia podido llorar y á una muger á quien el destino habia arrebatado la razon por un resto de lástima. Cuando cubrieron de tierra el féretro de la niña, cuando se cerraron todas las barreras de la muerte sobre los restos inanimados de aquella á quien el naturalista habia llevado tantas veces en brazos, quiso este ver una sola vez los sitios en que con tanta frecuencia habia olvidado las fatigas de su vida laboriosa por los juegos y halagos de la niña. Hirió su vista al vaso del cristal, y le recordó la mañana en que habia abogado por la libertad del insecto: reparó luego en este infeliz medio disecado, moribundo y adornado en mitad del dia con su magnífica luz, como los cristianos que se ponian todas sus galas cuando iban á morir al cielo. Se llevó á su casa el vaso de cristal, substituyó el manojo de yerba, y la polvorosa tierra con fresco césped, colocó al insectillo sobre el tallo de una flor, y experimentó singular consuelo al ver que se reanimaba un poco. Parecíale que el angelito, que acababa de subir al cielo se sonreía desde lo alto de su mansion y alentaba aquella solitud.

Tal era el estado de disecacion del gusanillo, que á pesar de las precauciones inauditas que se tomaron para mudarle la yerba no pudieron impedir que se le quebrara una patita. Mas la humedad y el abundante alimento que habian operado su resurreccion continuaron el milagro, y al cabo de dos meses ya no quedaba vestigio de su pasado mal estar. Es preciso confesar que jamás habia pasado una vida tan regalona un gusano de su clase. Comer y dormir era todo su recreo, de suerte que la estrella resplandecía con luz mas viva é intensa, de la que parecia desprenderse multitud de chispas. En esto asomó la primavera, y el palacio trasparente de la virgen gastronoma fue colocado en el ángulo de una ventana, donde reinaba copioso y puro ambiente sin que penetrasen allí los rayos del sol tan fatales para los insectos nocturnos. Duró todavía algunas semanas la existencia material y serena del gusano; mas luego se al-

teraron poco á poco este reposo monacal y esta beatitud absoluta: no comia, se le veia vagar de aquí para allí sin motivo aparente, y como agitado por cierta especie de calentura. Pasaba horas enteras con su cabeza elevada al cielo y sumergido en melancólica contemplacion: cuando venia la noche trepaba al mas alto hilo de yerba, y allí lucia su estrella como un faro, sin descender hasta que apuntaba el nuevo dia: entonces triste, llena de cansancio, sin aliento, se dejaba caer al fondo del vaso. Hubiéramos creído que algun desvanecimiento ocasionaba aquella caída: y permanecia el pobre gusano tendido sobre la arena como si la vida fuese una carga para él.

Pasó un mes dando estas señales de tristura. Cierta noche calurosa del mes de junio estaba el naturalista á la ventana contemplando la estrella que apenas permitia se distinguiera al insecto que la poseía, cuando de repente oyó en rededor un ligero zumbido, que daba lugar á creer pretendia disimularlo: quien lo ocasionaba, tal era la precaucion con que batia sus alas. Al oír este rumor resplandeció mas clara la estrella, y en seguida fué á ocultarse detras de una violeta que habia por casualidad en la perfumada copa. Continúo el zumbido cada vez mas perceptible por el eco que formaba la concavidad del vaso, hasta donde habia descendido aquella visita nocturna. Sus frecuentes interrupciones ponian de manifiesto que posaba de vez en cuando sobre alguna hebrilla de yerba para agitar despues nuevamente su vuelo. Esperimentábase cierto encanto halagüeño y misterioso al oír aquella música aérea, y al seguir con la vista los movimientos de la estrella que se estremecía en su odorífera morada. Al cabo de algunos minutos se acercó el invisible autor de la serenata á la violeta con tanta osadía que el insectillo hubo de apelar á la fuga y de requerir asilo mas seguro. La zozobra de la fuga comunicó tanta vivacidad á la estrella que pudo distinguirse perfectamente al silfo que venia á turbar la paz de la solitaria. Desprendíase de su elegante pecho argentinas y vaporosas á las protegidas por un manto de terciopelo oscuro. Parecian dos brazos cubiertos con las transparentes mangas de una túnica de crespon; dos brazos que se tendian con pasion hacia la pudorosa y trémula estrella. Mientras huía continuó su tierno murmullo aquella amorosa y lastimera voz: no la daba oídos el casto gusano: siguió resistiéndose hasta que asomó el dia, y la rosada lumbre de la aurora le sorprendió atrincherada tras una fortaleza de musgo, defendida por un hilo de yerba, y con cinco granos de arena por torreones. Permanecia el silfo delante de la ciudadela en una actitud atrevida, pero apasionada y respetuosa á la vez: giró todavía algunos minutos en torno de aquella orgullosa Lucrecia, doró sus alas con los últimos refle-

jos de la estrella que palidecía ante los rayos del sol, se lanzó por la atmósfera y desapareció. Se arrastró el insectillo muy despacio por el terciopelo verde de su trono de musgo, y permaneció allí todo el día lánguida y delirante.

Mas al acercarse la noche se incorporó dulcemente y se bañó en una gota de rocío que pendía de una hoja. Los anchos pliegues negros de su ropage, bordados de oro y carmin la ceñían en rededor y recordaban á la vez los atavíos de las orientales, y el voluptuoso encanto de la Bayadera Saoundiraoun. Se deslizó graciosamente sobre el pecho y fué á ocultarse tras la fortaleza de verdura. Por espacio de una hora permanecieron su ojos inmóviles y fijos en el cielo. Transcurrida esta larga espera se agitó levemente, recorrió el jardín, subió á las mas altas yerbecillas y miró en torno suyo. Era facil de conocer por sus movimientos las alternativas de temor y esperanza que la estremecían. Súbito y á merced de un ligero impulso resbaló hácia lo mas espeso de la yerba: percibiase á lo lejos un rumor suave, y lo causaba el hermoso silfo de la vispera.

Faltan voces con que espresar las dulces protestas y las apasionadas querellas que el alado amante murmuró en aquella noche de misterio y de amor. Vibraba la aureola de la estrella, agitada y trémula al soplo móvil de cien diversas emociones. Palidecía, y figuraba su luz un reverbero próximo á apagarse: súbito retumbó mas sonoro el murmullo de la voz, cual si fuera un grito de victoria, y cesó de resplandecer la estrella. Al amanecer se consumía el insectillo en inútiles esfuerzos por retener allí á un ingrato que parecia gozarse en el dolor de la infortunada. Revoloteaba aquel de yerba en yerba mientras que la infeliz amante le seguía con pena y con afán desesperado: por último, llegó á su colmo su perfidia, tomó vuelo y se lanzó á los aires: salióle al encuentro un pajarillo y con un picotazo vengó á la Ariadna abandonada; de modo que el desdenoso amante sirvió de desayuno á un gorrión.

Ya no brilló la estrella desde aquella fatal noche: la que antes se mostraba gloriosa de su esplendor iba ahora oscura, cabizbaja y en profundo abatimiento. Una mañana se la encontró muerta cerca de un monton de huebecillos puestos sobre aquel trono de musgo.

Aquella victima de la pasion y de la ingratitud se conserva hoy dia en un gabinete de historia natural. En memoria del infortunio de tan hermosa estrella ha sacado de ella una copia M. Chassal, profesor en el Jardin de las Plantas, y pintor de flores de la reina. El ténue pecho del insectillo y su ropage de seda y oro se ofrecen á la vista sobre las delicadas tintas de una rosa que parece acabada de cojer,

hasta tal punto ha conseguido el famoso artista darla el brillo, la frescura y la verdad de la naturaleza. ¡Momento fúnebre digno de la pobre estrella eclipsada y del cumplido talento del feliz émulo de Redouté.

POESIA.

AL PUENTE DE ALCANTARA.

Yo he visto al sol en la espumante orilla
Del ronco Tajo que á tus pies murmura
Levantarse del seno de sus ondas
Y hermoso y puro sonrosar el dia.

Yo vi quemar de tu herizada frente
Al arbusto lozano que en su altura,
Su poder y grandeza confiando
Del mortal y su furia se reía.

Yo he visto al viento deslizarse altivo
Y silbar en tus huecas hendiduras,
Y en grupos mil las centencias nubes
Sobre tu vieja mole reventar.

Yo te he visto gigante en la tormenta,
Repeler de las aguas el torrente:
Parar su fuerza el revoltoso viento
Tu hermosura y poder al contemplar.

Y de Alcántara en himnos armoniosos,
La bendicion oi que hácia el Empíreo
Su vuelo remontaba en nube ardiente
Porque plugo á su Dios te sustentar.

Quédate pues para perpétua gloria,
De una raza gigante que hubo el mundo
Rúbrica eterna con que el hombre quiso
A los futuros siglos admirar.

Y tu no temas, no, que el hombre impío
Con mano impura tu cerviz hollare
Que mil valientes á tu sombra altivos
Sabrán su vida y sangre derramar.

Quédate ahí para servir de escudo
Al noble pueblo que tus sienes ciñe,
Así tal vez la antigüedad de Roma
Bajo tu sombra inmensa se cubrió.

Allí tal vez sus lanzas blandirán
Del agua pura al compasado son,
Allí tal vez el águila altaera
De la victoria el canto renovó.

Y esos romanos que tu frente ornaron
De glorioso y espléndido laurel
En tierra extraña ¡oh puente! te dejaron
En sus creencias de amargura y hiel!

Ya no verán tus aguas cristalinas
Ni los recuerdos de su edad de gloria,
Ni las pardas y errantes golondrinas
Al canto acudirán de su victoria.

Quedate ahí; así sobre tu frente
Arroje el sol su esplendorosa lumbre,
Y el viento rize tu melena blanca
Con suave halago rápido al pasar.

Y así en tus sueños loco y delirante
Mires tranquilo las batientes alas
Del águila imperial sobre tu frente
Tus hazañas y glorias celebrar.

Como yo ansioso y delirante busco
Un porvenir de gloria en mis ensueños,
Y triste lloro la esperanza amiga
Que rápida los quiere arrebatarse.

MANUEL APONTE.

VERSOS

ESCRITOS A BORDO DE LA FRAGATA ROSA,

Primera de Cadiz, y dedicada á su capitan,

DON JOSE VILLALBA.

De los bajeles sol, del mar orgullo,
sobre espumas se mece la fragata,
y acaricia la brisa en manso arrullo
su pabellon pajizo y escarlata.

Es la Rosa sin par del Oceano,
y descuella gallarda entre las naves,
cual palma entre los árboles del llano,
cual águila imperial entre las aves.

Es bajel, á quien presta el viento alas,
para cruzar la cristalina alfombra,
y altivo muestra sobre el mar sus galas,
y allí semeja fugitiva sombra.

Es fragata velera cual ninguna:
hiende las olas, desafia al Noto,
y bella la sonrie la fortuna
mientras marca su rumbo hábil piloto.

El parece monarca del espacio,
y el pintado horizonte es su floresta,
trono le dá el bajel, y el mar palacio,
Su luz el rayo, el huracan su orquesta.

Ya apenas entre pálidos celages
el emporio de Cuba se retrata,
ni arenas se distinguen, ni ramages,
y hácia Oriente navega la fragata.

Engólfala sutil y amigo el viento,
y ya desde su popa miro ufano,
el infinito azul del firmamento,
y el infinito azul del Oceano.

¡Cuánto valor su perspectiva imprime!
¡cuánta belleza nuestra mente apura!
¡espléndida mansión, altar sublime,
donde adora á su Dios la criatura!

No mas zozobras ya, no mas tormentos;
yo veré las riberas españolas,
aunque luchen los vientos con los vientos,
y aunque choquen las olas con las olas.

Deslízase la fragata
por el mar cual leve pluma,
y en alternativa grata
surca llanuras de plata,
y hiende montes de espuma.

Quebranta escollos su quilla,
aunque ruja el vendabal,
como nueva maravilla
rompe las sombras y brilla
la lumbré matutinal.

Si en calma está el Oceano,
su curso la brisa alienta,
que intenta torcer en vano,
si la oprime con su mano
la pavorosa tormenta.

Ved el lienzo que enarbolaba,
ved cual lo refleja el sol,
cual el viento lo tremola,
la fragata es española,
y el capitan español.

Resbala el tiempo rápido y mañana
nos mostrarán del alba los reflejos,
al traves del matiz de nieve y grana,
una ciudad lindisima y galana
entre el cielo y el mar allá á lo lejos.

¡Veis la ciudad que de las aguas brota
y luego escelsa hácia los cielos sube,
que tal vez nos parece nave rota,
ó isla perdida que en los aires flota,
vapor lejano ó trasparente nube

Aquella es Cádiz, opulenta un día,
y aunque su pompa al fin hubo quebranto;
es el lindo joyel de Andalucía,
y cuanto en él se escucha es armonía,
y cuanto en él se ve produce encanto.

Muestra al placer tu corazon abierto,
en tus labios, marino, la sonrisa,
al fin llegamos: nuestro triunfo es cierto,
por fortuna ya anclamos en el puerto,
sus bellas alas recojió la brisa.

Saluda las blanquísimas almenas
de esa ciudad donde el amor te llama,
donde vas á gozar horas serenas,
mientras voy á vivir libre de penas
á los pies del nevado Guadarrama.

Adios, caro marino, y no presumas,
que olvide ni un instante tu fragata,
que hiende allá en el mar montes de espuma,
ó surca en lento son llanos de plata.

Que es la rosa sin par del Oceano
y descuella gallarda entre las naves,
cual palma entre los árboles del llano,
cual águila imperial entre las aves.

Enero de 1840.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

MADRID 1.º DE MARZO.

Interior de la catedral de Zaragoza.—Este magnífico templo visto por ángulo desde una capilla fué la decoración que ofreció al público el Sr. Aranda en la noche de su beneficio. Suspensos quedaron todos los espectadores ante la perspectiva que se desarrollaba á sus ojos al levantarse el telón, y súbito resonó una salva de aplausos y un grito universal pidiendo la salida del artista: homenaje harto merecido pues sobre la facilidad y esmero de su obra tiene el mérito de estar llevada á término en el corto espacio de seis días. La decoración es de asombroso efecto: hay en toda ella un vapor tan agradable, están tan bien acordadas las tintas y degradadas las luces, que no puede uno convenirse de que aquello sea mera ficción, y de que esté todo sobre un plano donde forma un cuadro perfectamente entonado y armonioso. La luz que figura penetrar por el cimborio y perderse por el centro del edificio, aleja los términos de manera que la vista se dilata por la inmensidad del templo. El estandarte de San Pedro Arbúes que se vé colgado de uno de los arcos aparece enteramente en el aire, lo cual es digno de alabanza por ser en extremo difícil alcanzar este efecto sin producir desentono. Por último, es una decoración que por sí sola dá fama á un artista. En solo un telón ha impreso tal colorido de verdad el señor Aranda, que aquellas sencillísimas y vaporosas tintas desmienten la superficie hasta el punto de dudar los fascinados ojos el verdadero sitio del lienzo, vagando errantes entre sus fingidos términos.

Felicitemos á tan distinguido artista por su acierto; y deseáramos ver con frecuencia en el teatro obras suyas de este género, cuya escelencia principal consiste en las tintas y el ambiente. Si hemos admirado profundamente la maestría que ha desplegado en una decoración concluida en seis días; mucho esperamos del señor Aranda siempre que se le dé el tiempo suficiente para estudiar y concluir en conciencia las que sucesivamente se le confíen.

ANTONIO ESQUIVEL.

Beneficio de la señora Baus. Se prepara con este fin una función amena en que estrenarán tres piezas en un acto, arregladas al español por hábil pluma. Titúlase la primera *La hija de Cromwell*; la segunda *La memoria de un padre*; y la tercera *El honor de un cocinero*. En esta última desempeñará el

señor Cubas uno de los principales papeles.

El premio del vencedor. Tal es el título de un drama escrito últimamente por un poeta muy apreciado del público.

Un cuadro del señor Esquivel. Este distinguido artista que después de ocupar un puesto eminente entre nuestros primeros pintores se consagra sin tregua al estudio de su divino arte, y nos ofrece todos los días nuevos y prodigiosos adelantos, fruto de su genio y asiduidad, ha terminado en estos últimos días un magnífico cuadro en que la elección del asunto rivaliza con el cabal desempeño de la obra. La biblia es para pintores y poetas un inagotable manantial de inspiraciones: de ella ha sacado el señor Esquivel su pensamiento bellísimo por la combinación y por la novedad: es asunto que no creemos haya tratado nadie hasta el día.—Jacob sirvió á Labán siete años por Raquel: cumplido el tiempo se celebraron las bodas, mas por la noche Labán introdujo á Lia, su Otra hija con Jacob: venida la mañana se apercibió este del engaño. Tal es el momento elegido por el pintor, nuestro amigo, para la ejecución de su idea. Nos abstenemos de dar mas pormenores sobre un cuadro que tendrán ocasión de admirar nuestros lectores en los salones del Liceo.

Grande ha sido el impulso que han recibido ambos teatros en el presente año cómico, que está para concluir, pero podemos asegurar á nuestros lectores que será mayor aun en el siguiente. La empresa de la Cruz está disponiendo un drama nuevo, *El naufragio de la Medusa*, en el que funda grandes esperanzas. Se decorará con un lujo y propiedad, desconocidos hasta ahora en los teatros de España, y las personas que no han visto el mar, podrán formar por una de sus decoraciones el efecto mas aproximado de la verdad de la naturaleza.

Sabemos que dos jóvenes artistas, conocido el uno por escritor, y como compositor el otro, se están ocupando en escribir una opereta española, exprofeso para la señora Perez y el señor Salas. Estas operetas serán un recurso en el año próximo, en que probablemente no tendremos ópera italiana; y así podrán nuestros poetas y nuestros maestros de músicas, ensayarse con semejantes juguetes para llegar hasta la ópera nacional y dar esa gloria mas á la nación.

En el teatro del Principe ha sido recibido un drama refundido de la ópera *Les Huguenots*, que lleva por título *El día de San Bartolomé de 1572*; y han sido presentadas dos traducciones en un acto, *El hombre complaciente*, y *El Carcelero*.

IMPRENTA DE D. IGNACIOBOIX, EDITOR.